

Discurso de Grado

Estimadas autoridades, cuerpo rectoral, profesores y personal administrativo; familiares que hoy ven en nosotros el fruto de sus propios esfuerzos, amigos que nos acompañaron en este camino y, sobre todo, colegas de promoción.

Es común que los discursos de grado se conviertan en un inventario de éxitos individuales o en el relato de una trayectoria perfecta que busca servir de modelo. Sin embargo, hoy no pretendo hablarles desde la cima de un triunfo particular. Si hay algo que la Universidad Metropolitana me ha enseñado es que ninguna biografía es lo suficientemente ancha como para representar el esfuerzo colectivo que hoy nos tiene aquí. La excelencia no es un acto solitario, sino un tejido de voluntades que nos sostiene justo cuando las fuerzas empiezan a fallar.

Hoy no estamos aquí para celebrar una sola forma de ser estudiante. Estamos aquí para honrar la resistencia de quienes entendieron que la academia no es una línea recta, sino un mapa. Un mapa lleno de relieves, de desvíos y de curvas que se dibuja con esfuerzo y, sobre todo, con esperanza. En este camino universitario, lo más valioso no fue la velocidad con la que cruzamos la meta, sino esa capacidad de recalcular la ruta cada vez que el terreno se ponía difícil.

Para entender estas curvas del camino, basta con mirar a quienes tenemos al lado. La UNIMET no ha sido una experiencia igual para todos, porque cada uno de nosotros ha transitado una ruta distinta.

Entre aquellos sentados con su esperada toga y bonete están quienes dividieron su corazón entre las aulas y las agrupaciones culturales o deportivas, aprendiendo que la disciplina se cultiva tanto en el rigor de un examen como en la pasión de un equipo. Están quienes asumieron el liderazgo en la representación estudiantil, siendo voz y escudo para sus compañeros en momentos de mucha incertidumbre.

De manera admirable, están quienes vivieron la universidad con un peso adicional: los que cumplieron jornadas laborales agotadoras para costearse el mañana o ganar experiencia temprana, llegando a clases con el cuerpo cansado pero con la mente encendida. Para ustedes, mis respetos más profundos; su diploma es el testimonio de una voluntad que no conoce imposibles. Y también están aquellos que decidieron ampliar su horizonte cursando una doble titulación o estudios de postgrado o especialización, recordándonos que el conocimiento es un camino que nunca deja de ensancharse.

Toda esta mezcla de vivencias es lo que realmente define el compromiso de ser un profesional integral. Esta integralidad no es algo que se otorga en el título que hoy recibimos; es una virtud que construimos en el día a día de nuestro campus, en las conversaciones de pasillo y en esas horas de reflexión bajo la sombra del Samán. Allí aprendimos que nuestra carrera es solo una parte de lo que somos, y que nuestra ética es lo que finalmente le da sentido a lo que sabemos.

Sin embargo, a menudo la sociedad nos presiona para que ignoremos estas particularidades. Desde pequeños se nos enseña a temer al retraso o al cambio de rumbo, bajo la idea de que el éxito es un molde único y rígido que debe alcanzarse en un tiempo determinado. Se nos dice que el éxito es llegar primero, pero hoy entiendo y quiero compartir con ustedes que el cronómetro es el peor juez del talento, que nada está escrito en piedra y que debemos celebrar las individualidades de los procesos que vivimos.

Si todos tuviéramos la misma meta y el mismo ritmo, el éxito no tendría ningún propósito. El éxito no es un destino estándar; es una definición personal. En esta promoción hay quienes se gradúan habiendo comenzado en carreras distintas, porque tuvieron la valentía de admitir que su camino no era el que dictaba la inercia, sino su vocación. Hay quienes vieron su proceso prolongarse por pausas obligatorias que exige la vida, que dolieron, pero que hoy los hacen más sabios.

Para algunos, el éxito hoy es haberse graduado con el promedio más alto, con honores; para otros, es haber sido el primer profesional de su familia; y para muchos, el éxito es, simplemente, estar aquí sentados después de haber querido rendirse mil veces. El valor de este título no está en la rapidez con la que se obtuvo,

sino en la integridad de quien tuvo el coraje de reimaginar su futuro las veces que hiciera falta. El tiempo es solo una medida física, pero la persistencia es una virtud del alma. No se llega tarde a un destino cuando se llega con la madurez que solo te dan las curvas del camino.

No quiero dejar de lado a quienes hoy no están físicamente con nosotros. A los compañeros, familiares y amigos que nos acompañan desde la distancia, en su búsqueda de nuevos retos, y lo que para ellos es el éxito en otras fronteras, los que se encontraron con baches tan grandes que tuvieron que poner pausa a su recorrido, pero que estamos seguros que pronto lograrán retomar su viaje y llegar al destino y a aquellos cuyo camino en la Tierra fue más corto de lo previsto. Su ausencia es hoy una presencia silenciosa que nos impulsa a valorar la importancia de este instante.

Sin importar las singularidades, estoy segura que este logro es un triunfo compartido. Gracias a la Universidad Metropolitana y a nuestros profesores por ser el faro que nos guió y por exigirnos ser, ante todo, ciudadanos comprometidos. Y de manera muy especial, gracias a nuestras familias. A nuestros padres, abuelos y amigos: ustedes fueron el puerto seguro. Creyeron en nuestro futuro mucho antes de que nosotros supiéramos cómo construirlo. Este título lleva sus nombres escritos con tinta invisible; es el resultado de sus sacrificios y de ese amor incondicional que nos permite levantarnos tras cada caída.

Hoy, nuestros conocimientos convergen en un solo propósito. Se dice con frecuencia que somos el futuro del país, pero el futuro no es un lugar al que vamos a llegar por inercia; es una construcción que requiere de manos que sepan lo que es fracasar y levantarse. Venezuela no necesita profesionales “de manual” que se paralicen ante el fracaso de un plan; necesita ciudadanos integrales que sepan hallar soluciones donde otros solo ven obstáculos. Somos la generación que aprendió a terminar lo que empieza a pesar de las dificultades, viviendo a nuestra corta edad situaciones que nadie se imaginaría. Esa es nuestra promesa a Venezuela: que siempre estaremos listos para avanzar juntos, superando cada bache con la resiliencia que el color naranja de nuestra institución nos ha tatuado en el espíritu.

Al cruzar esa puerta y dejar atrás la sombra del Samán, debemos entender que el mundo no nos entregará un manual de instrucciones. Hoy no termina nada; hoy comienza el verdadero compromiso con nuestra identidad y con el país. No permitan que el cronómetro ajeno les robe la paz, pues así como la vida universitaria no fue una línea recta, el resto de nuestra existencia tampoco lo será. Lleven este diploma como una medalla a la resiliencia unimetana y prepárense para el nuevo camino que nos espera: uno quizás mucho más curvo, pero donde ahora sabemos que las curvas no son obstáculos, sino la mejor forma de ganar perspectiva sobre quiénes somos y hacia dónde vamos.

Muchas gracias, felicidades colegas, lo logramos.